

# AVENTURA DEL HOMBRE ACTUAL

por

Washington Lockhart

*No sonado la hora para la renata de los hombres todavia libres: de su esfuerzo va a depender la orientacion de su destino. La corrupcion, en su forma intelectual, debe ser denunciada. Reestablecer la exactitud de los hechos, destruir las falsas generalizaciones, devolver su nombre a los cosas.*

(H. MICHAUD: *La corruption intellectuelle*)

En ninguna época, bajo ningún gobierno, la sociedad llegó a estar tan minuciosamente civilizada como la nuestra, tan detalladamente sometida a la política y a la economía. Un alucinante de la barbarie civilizada en que vivimos, nace ante la afirmación progresiva de su propia inanidad, subvuyendo al ciudadano bajo un océano de cosas y técnicas cada vez más imprescindibles y abstractas. Crece la sensación de que no queda escapatoria. Los entranajes sociales, las inconveniencias prácticas en aceptarlos, azotan todo intento de eludí-los, nos asimilan a su rutina. Vivimos en función de ellos y no, como sería deseable, ellos en función de nosotros.

Desde que redujo al individuo a una entidad abstracta, pudo el Estado querer con él, someterlo a leyes, disolverlo en sus gráficas... Atribuyéndole una índole espiritual tan ficticia como vulnerable, adquirió el derecho a desconocer la realidad concreta de su vida, bajo la promesa de incorporarlo, convertido en cifra, a la estadística de sus bienaventurados...

Frente a ese Hombre teórico, coronado de derechos irrecusables, urge reconsiderar las condiciones reales de nuestra existencia, reencontrar el orden espiritual que puede, sólo él, revelarnos una militancia que sea, al mismo tiempo, veraz.

Vivimos en el trance producido por un dilema hasta hoy no resuelto: ¿cómo hacer conciliable la distorsión con que se precisa, cada vez más, administrar nuestras cosas, y la libertad que debe preservarse para el hombre que las maneja?

Se acusa a la democracia por su incapacidad para lograr el funcionamiento

de instituciones que den cumplimiento cabal a sus ideales. Deberíamos en-  
pero pensar que es en esa misma debilidad donde radica, paradójicamente, la  
fuerza que le es exclusiva, su capacidad de persistencia. Los insucesos reales,  
en efecto, la coacción y las subversiones que acechan detrás de cada intento  
de establecer libertades concretas, no son capaces de desvanecer, gracias a la  
perfectibilidad que emana de sus mismos principios, ese convencimiento moral  
que los fundamenta, esa dignidad de carácter que sobrevive como aspiración  
incoercible pese a la debilidad o doblez de sus eventuales ejecutores. No sufre  
aberración de la que, si sigue siendo democracia, no pueda redimirse.

El ciudadano medio logra sus libertades más aparentes, al precio de mil  
difusas esclavitudes. Goza en efecto de un anodino derecho a moverse y a  
hablar, dentro de márgenes variables, pero deja que se enmohezcan, delegán-  
dolos, sus verdaderos poderes soberanos. Su arribismo lo subordina al club,  
al jefe, a la prensa, al sindicato; lo lamentable es que con ello se permite  
que las ocasiones propicias para promover cultura, sean acaparadas por quie-  
nes, precisamente, suelen medrar con la incultura. En un balance final, re-  
sultan ser los pequeños intereses —con su escuela de pequeñas cobardías—  
los que, acumulándose, resuelven las grandes cuestiones. El hombre de la calle,  
obsecuente y logrero, deviene así cómplice de quienes, a través de los oscuros  
corredores de los bancos, acostumbran determinar las conveniencias y con-  
signas que habrán de incorporarse, so capa de ideal, a los programas cir-  
culantes.

El aprecio desmedido y ramplón por lo normal, no es más que una ver-  
sión vergonzante de la envidia que despierta la anormalidad del hombre su-  
perior. Pese a todo, el inefable Mr. Smith, no renuncia a remedarlo, tomando  
el stajo promisor de vulgarizaciones y síntesis módicas, de un acopio indige-  
rido de hechos y fórmulas cómodamente canjeables. El mayor perjuicio de  
ese igualitarismo por abajo, es que obstruye el ascenso de las legítimas supe-  
rioridades, ambientando las maniobras oportunistas improvisadas, por quie-  
nes, escrúpulos a un lado, supieron desprenderse a tiempo del lastre de una  
dignidad onerosa.

El único resultado apreciable de ese igualitarismo grosero e ilusorio, es  
subvertir las diferencias y jerarquías que toda verdadera coexistencia demo-  
crática debería consagrar. Como alguien observara: en lugar de la verdadera  
libertad se nos da, entretanto, la comedia del liberalismo o la tragedia de la  
dictadura.

Frente a lo que Peguy llamaba el «multicesarismo de los comités electo-  
rales», la «dictadura en veston» de los políticos, dictadura tibia y vergonzante,  
que adereza la verdad de partido y la verdad de Estado con todas las formas  
de la intimidación, de la restricción mental y de adulación a las pasiones más  
bajas, es forzoso creer la afirmación de A. Breton: «el sentido de la liberación,  
no se guardará vivo cediendo ciegamente el cuidado de realizarla, a un apa-  
rato que usa de medios tortuosos y un absoluta desdén por la persona hu-  
mana».

La accesibilidad de todos los puestos que las constituciones consagran pero que las circunstancias reales defraudan, provoca, entre otros desequilibrios psíquicos, comprobados, un temor animal a la desocupación o a la ocupación subalterna; un afán exacerbado de una felicidad estática, sin riesgos, de jubilarse en plena juventud, de asegurarse contra todo... menos contra sí mismo; de planes quinquenales que lo previenen todo salvo la singularidad imprevisible de cada destino.

En ese miedo inconfeso a la vida y a sus vicisitudes no garantizables, se origina una moralina al por menor, un agacharle de codos ingenuamente «útiles», de prudencia menuda, rebajando el amor a «buena voluntad», estafando al sentimiento mediante la comercialización de la caridad; un prurito, en suma, de eficacia barata y a corto plazo, que termina por convertir a sus medrosos cultores en fantasmas persiguiendo fantasmas.

En esta época de totalitarismos ineludibles —patentes en el seno mismo de los gobiernos democráticos con sus «dirigismos», «estatizaciones», «brain trusts», etc.—, el trabajador intelectual se ve constreñido, en salvaguardia de su propia razón de ser, a defender activamente su círculo de acción. El poder político se está acostumbrado demasiado a contar, desde el umbral de la educación hasta al sugerir normas para el ejercicio de las actividades superiores, con la colaboración más o menos «espontánea» del poder intelectual. No es posible rehuir, ante esa progresiva intromisión, y por modesta que sea nuestra esfera, una acción efectiva de defensa; sabemos empero, y ese es nuestro patético dilema, a que impurezas y transacciones nos abocamos renunciando, por exigencias de táctica, a un rigor ideal que sólo era posible en la soledad creadora de nuestros sueños de perfección. En ese querer hacer, en esa resistencia activa, es preciso resignarse a aprovechar, como condición de eficacia, las armas no forzosamente limpias que nos ofrecen las circunstancias.

Las palabras en uso, deformadas por la propaganda y la estulticia doctrinaria, rotulan, desde hace tiempo, contenidos irreconocibles; toda afirmación que las emplea contiene, por ese pecado original, una mezcla inextricable de verdad y de error. La demagogia opera sobre esa confusión, forzando sus equívocos en el sentido de sus conveniencias; obstinada y unilateral, la propaganda tiende a convertir al hombre común en un sistema de verdaderos, que devuelva, sin más y por vías conocidas, el aluvión que recibe.

Ninguna regimentación social puede desconocer, imponiéndole un simulacro de paz exterior, el carácter trágico de la existencia. El espíritu nace y vive en el conflicto; las formas vitales son tan pronto su acicate como su irritación; su evolución es el itinerario de una pugna sin pausas. El impulso creador, lejos de acogerse a la satisfacción socialista del deber cumplido, perdura en una insatisfacción radical, que busca, más allá de toda legalidad constituida, la ley in formulable que preside su peculiar disconformidad.

Hay verdades que se han dicho ya muchas veces, pero que es necesario repetir las, agredir con ellas. La propaganda ha movilizad al mundo entero detrás de banderas de libertad, de dignidad, de justicia; propaganda que in-

fecta todo, de la que nadie puede, aunque quiera, sustraerse totalmente. Bajo banderas definidas, en la pasada guerra, se enfrentaron así combinaciones indefinidas. Pero no todo fué confusión; en ambos lados del frente, poderosos intereses establecían alianzas subrepticias; la mira de los aviones de bombardeo, utilizada convenientemente, apuntaba sin error los barrios obreros, dejando indemnes, a pocas cuadras, las fábricas cuyas acciones compartían.

La situación social actual, por las explotaciones múltiples que dicimula, por los privilegios injustos que aún ampara, nos obliga a actitudes de reforma, aunque sin perder conciencia de que la historia, si bien admite explicaciones causales en una escala amplia, incluye un margen decisivo de contingencia; de que antes de abandonarnos sin restricciones a un dogma o una mística —escudo y pretexto, tarde o temprano, para conductas interesadas y autoritarias— debemos, considerar primariamente y con la amplitud posible, las condiciones actuales, de modo que podamos ir extrayendo de ellas las derivaciones sensatamente factibles. Si el slogan «política realista» conserva todavía algún sentido, éste consiste no en una cínica desconsideración de todo ideal, sino en una reestructuración constante de esas normas básicas, a compás de las exigencias que vayan emanando de los hechos.

La política llamada «realista» —léase oportunista e inescrupulosa— fracasa siempre por no tener en cuenta «toda» la realidad.

La falsedad radical como planteamiento— de la lucha de clases, obedece —sin subestimar el hecho notorio que la promueve— a que elimina, al postergarlos, esos otros conflictos que sólo en apariencia no son urgentes y en los que resulta comprometido alguien más respetable que el simple consumidor. Hay valores amenazados —y no por cierto inventados por diletantes, sino surgidos como respuestas a angustiosos apremios del existir— que no admiten ser relegados, considerándolos como meros subproductos de un materialismo histórico sin residuo. El capitalismo y el comunismo, versiones paralelas del mismo error, desestiman todo estilo de vida en el que se atiendan, sin delegación posible, esos valores no reductibles a tarifa.

Si los movimientos llamados «avanzados» no suelen serlo tanto en su aspecto moral, se debe en gran parte a la invitación a destruir que implican; validos de ese sórdido aliciente, conquistan la adhesión, y por ella persisten, de sentimientos generalmente reprimidos. Al excitar los peores apetitos, la envidia y la hostilidad hacia el privilegiado, estabilizan, justificándolas, esas desviaciones. Es suponiendo al hombre despreciable, como las tácticas empleadas consiguen finalmente volverlo más despreciable.

Vivosa criolla: eufemismo halagüeño que se acredita a quien demuestra no creer en ningún ideal. Sobre todo cuando, cinismo mediante, se logra dejar malparado a quien prefiere, todavía, atenerse a las viejas normas.

Nos asedia —entre otros— un temor, que nadie confiesa, de vernos, de comprendernos. Se acostumbra, para desmentirlo, enjuiciar la responsabilidad de quien, arrojando nuestra apatía, no vacila en gritarnos a la cara nuestros

vicios, nuestras cobardías. No admitimos, en esa zona, que pretendemos ver-  
dada, de lo personal, autoridades externas; y a las que, escudándose en anti-  
guas investiduras, nos recitan la letanía de sus tablas de valores, de sus conde-  
naciones, eponemos nuestro cinismo, la desvergüenza de quien, perdido, opta  
por fingir que ha superado hace tiempo esa inconsulta costumbre del Bien y  
del Mal...

---

Más que crisis de ideales, hay crisis de confianza. No es que nos falten mo-  
tivos de ideal, sino pretextos para asumirlos, para adoptar, como si recién nos  
estrenáramos, una actitud que escape a toda suspicacia. Todos, en el fondo, que-  
remos —siempre lo hemos querido— combatir, morir, si es preciso, por las  
mismas cosas que nos permiten vivir; pero tememos aparentarlo. — Tenemos  
miedo a la existencia, no a la vida. Si alguien, perdiendo ese pudor, se atreve  
a afirmar los bienes de este mundo, le atribuimos, con nuestro pesimismo de  
anos, a su ingenuidad, cuando no a su falta de información. No importa que  
la existencia, por sí misma, afirme en nosotros su bondad; nuestro pensamiento,  
adulterado por el temor, reniega de ella. Pero no nos engañemos; al hacerlo  
sólo se niega a sí mismo. No es la existencia la enjuiciada —¿cómo podría  
serlo, ella, la única?— sino la imagen falaz que, a propósito de ella, hemos  
elaborado.

---

Afirmamos la permanencia de una realidad irreductible, de una verdad  
inexplorable para una razón desencarnada, sin la cual la vida se degrada en  
dispersión y anonimato. Si esa finalidad nos resulta a veces enigmática o eva-  
nescente, no por eso, con nuestras pobres armas, podremos probar jamás su  
inconsistencia. Hay en el fondo de las cosas una oscuridad respetable. Podemos  
sin embargo —para eso vivimos— residir en su ámbito, gravitar bajo su advo-  
cación ideal. Más allá de toda afirmación o negación, nos es dado situarnos, en  
una exaltación de nuestras más desusadas posibilidades, en el centro irradiante  
de la vida. El pensamiento juega a extraviarnos; en las palabras se cafuma y  
desconoce la unidad primordial del Ser. Pero por el pensamiento y por la pa-  
labra, válidos de ese «algo más» cuya definición buscamos, podemos emprender  
—esa es nuestra fe— la resurrección de nuestro destino abandonado.